

¿El piso es el techo?

Escrito por
Juan Carlos Eichholz

“¿Cuán satisfecho está usted con la marcha del país?” En 1999, un 32% de la gente se mostraba satisfecha, lo que subió a un 46% el año pasado. “¿Viven usted y su familia mejor hoy que hace diez años?” Un 65% de la gente responde afirmativamente.

Los datos provienen del último informe de Desarrollo Humano en Chile, publicado por el PNUD, y la interpretación de éstas y otras respuestas similares es clara: la gente siente que el país ha progresado y que ella ha sido parte de ese progreso. Pero cuando se vuelve la mirada hacia el futuro, la percepción cambia.

“¿Cree usted que en los próximos cinco años la situación del país mejorará?” Sólo un 27% de la gente respondió que sí el año pasado, versus un 43% en 1999. “¿Cuán probable es que el ingreso total de su familia les permita a ustedes hacer realidad los proyectos que se han planteado?” Un 53% respondió que es poco o nada probable. “¿Cuál diría usted que es el principal problema para que mejore la calidad de vida en el país?” Sólo un 24% piensa que faltan buenas ideas, versus un 74% que estima que hay buenas ideas, pero que no sabemos implementarlas.

Algo está pasando que los chilenos sentimos que el progreso del pasado no es del todo proyectable hacia el futuro. Las reformas económicas de los '70 y '80, sumadas a las reformas sociales y culturales de los '90 y comienzos de esta década terminaron de afirmar el piso del edificio, pero la sensación es que no podemos ir por más. El piso parece estar siendo el techo. Todo se hace más cuesta arriba.

¿Qué está pasando? El último informe del PNUD (Programa para el Desarrollo de Naciones Unidas) pone el acento en las prácticas de los chilenos, es decir, en la forma en que actuamos y nos relacionamos con otros. Dicho de otro modo, Chile se está topando con los chilenos, asunto que ha sido abordado recurrentemente en estas columnas. El progreso anterior podía lograrse a través de cambios desde arriba hacia abajo, con leyes bien pensadas y con los incentivos adecuados, modificando estructuras añejas y reemplazando personas. El progreso futuro se hace más complejo, porque exige que los chilenos cambiemos, en nuestras formas de pensar y de actuar, siendo capaces de adaptarnos cada vez más rápidamente, dentro de un mundo que vive en la vorágine del cambio. Como escribió Darwin, “No son las especies más fuertes las que sobreviven, ni aun las más inteligentes, sino las más proclives al cambio”.

¿En qué debemos cambiar los chilenos? El informe del PNUD hace un esfuerzo por sistematizar las buenas y las malas prácticas, que atraviesan todo tipo de realidades. Entre las primeras están la adaptación proyectiva –“A la larga, los cambios son para mejor”– y la negociación habilitante –“Si todos nos ponemos, todos ganamos”–. Entre las segundas, que debemos cambiar, están la adopción resistida –“Lo hago, pero a mi manera”–, la improvisación adaptativa –“Hay que hacerlo, y si no lo hago yo, no lo hace nadie”–, la transgresión pactada –“Ni a ti ni a mí nos conviene; arreglémonos de otro modo”–, la renegociación constante –“¿Y quiénes son ellos para decirme lo que tengo que hacer?”–, y el acuerdo de mínimos –“¿Por qué voy a dar más de mí si ellos no lo hacen?”–.

Son pocos los países que logran transitar desde los US\$ 12 mil de ingreso per cápita a los US\$ 20 mil, es decir, pasar de ser un país en vías de desarrollo a uno desarrollado. Chile está al tope de los primeros, pero para entrar al otro grupo nos falta la parte más difícil: salir de la seguridad de la situación actual y lanzarnos nuevamente hacia lo desconocido.